

Helga Flatland

**UNA FAMILIA  
MODERNA**

Helga Flatland

**UNA FAMILIA  
MODERNA**

Traducción del noruego de **Ana Flecha Marco**

**Nørdicalibros**

Título original:  
*En moderne familie*



This translation has been published with the  
financial support of NORLA, Norwegian

© Helga Flatland

First published by Aschehoug and Co. (W. Nygaard) AS, 2017  
Spanish edition published in agreement with Oslo Literary  
Agency and Casanovas & Lynch Literary Agency

© De la traducción: Ana Flecha Marco

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-10200-36-4

Depósito Legal: M-9473-2024

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Kadmos  
(Salamanca)



Diseño: Filo estudio y Nacho Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los Alpes parecen dientes de tiburón, sobresalen por encima del cielo cubierto de nubes de Europa Central en un mordisco que no cesa. Empujan el viento en distintas direcciones, intentan desgarrar el avión por todos los lados y aquí sentados somos tan pequeños, las cabezas que tengo delante se mecen al compás. En el paisaje que se extiende a nuestros pies, más de la mitad de la población cree que está bien pegar a los hijos, pienso, y busco a mis propios hijos con la mirada, pero están ocultos tras el respaldo, cuatro filas delante de mí. A su lado, Olaf reparte el peso de la cabeza entre la pared del avión y el asiento. Delante de él se asoma el pelo rubio de Ellen. Entre los asientos veo que mamá duerme apoyada en su hombro. Papá baja por el pasillo con sus nuevos cascos Bose alrededor del cuello. ¿Se los ha llevado al baño? Le sonrío en un destello de ternura, pero él no me ve. Se sienta al lado de Håkon, solo le veo parte de la cara, los pómulos marcados y la punta de la nariz, que se ve azulada con la luz del portátil que tiene delante.

Podrían ser cualquiera. Podríamos ser cualquiera.

En Roma está lloviendo. Estamos mentalizados, llevamos tres semanas consultando el tiempo a diario, hemos hablado de ello por teléfono y por mensaje y en el grupo de Facebook y hemos dicho que no pasa nada, es abril y el tiempo

es imprevisible y, de todas formas, hace más calor que en Noruega, no viajamos por el tiempo, pero el estado de ánimo en el aeropuerto de Gardermoen con el sol de primavera y casi veinte grados era perceptiblemente mejor que el de Fiumicino con treinta grados y lluvia. También puede haber sido por una especie de anticlímox temprano, que el nerviosismo y las ganas con las que nos encontramos en Gardermoen hubieran decaído durante el vuelo, ya hemos pasado la primera etapa, todo el mundo está un poco alicaído.

Me resulta invasivo tenerlos aquí, incluso en el aeropuerto. Intento captar la mirada de Olaf para confirmar que él también siente lo mismo. Roma y sus alrededores, todo lo que tiene que ver con ella es nuestro. Ahora, caminar por la zona de llegadas del aeropuerto me resulta distinto, no respiro igual que cuando Olaf y yo estamos solos, no tengo la misma sensación de efervescencia. Pero Olaf está ocupado comprando los billetes del tren para todos, y me irrita mi ingratitud, mi egocentrismo. Lo compenso cogiendo a Hedda en brazos, le beso la nariz y le pregunto si le han dado miedo las turbulencias. Se revuelve ente mis brazos, seguramente por el subidón de azúcar de las galletas y el chocolate a los que Olaf no debería recurrir a menos que hubiera una crisis.

Vamos a estar dos días en Roma antes de irnos a la casa que nos ha prestado el hermano de Olaf en un pueblecito costero. Dos días son demasiado tiempo y demasiado poco, pienso ahora mientras observo con nuevos ojos tanto a mi pequeña familia, la que he creado con Olaf, como a aquella de la que provengo.

Papá va a cumplir setenta años dentro de cuatro días. El año pasado, en su fiesta de cumpleaños, golpeó suavemente

la copa con una cucharilla y anunció que como regalo de cumpleaños del año siguiente para él mismo y para toda la familia nos invitaría a hacer un viaje. Donde sea, dijo en voz alta. Se volvió hacia Hedda, que en ese momento tenía cuatro años y dijo: ¡Igual nos vamos a África!

Tanto la propia idea como la forma en la que la anunció y su estado de ánimo casi exaltado en los meses que precedieron a su sesenta y nueve cumpleaños le pegaban tan poco que, durante un tiempo, Ellen me envió diariamente una lista de los síntomas de los tumores cerebrales. Seguro que no es más que una reacción porque está a punto de cumplir setenta años, dijo Olaf, pero Ellen y yo no estábamos de acuerdo. Papá no es el tipo de persona que no lleva bien su edad, siempre se ha burlado de la gente que tiene las típicas crisis por cumplir años, que compensan con un comportamiento errático. No es más que una excusa para satisfacer otro tipo de necesidades, suele decir. Pero papá no parecía estar enfermo ni tener ninguna crisis de otro tipo, y nuestra preocupación no superaba las ganas que teníamos de unas vacaciones pagadas, así que Ellen y yo lo dejamos pasar.

Puede que haga unos veinte años que no vamos de viaje todos juntos, desde que el término *familia* solo incluía a Ellen, a Håkon, a mamá, a papá y a mí. Alguna vez hemos planeado coincidir en la casa de campo, que mamá y papá y Håkon y puede que Ellen se queden un par de días más para después dejárnosla en exclusiva a Olaf, a mí y a los niños. Pero un viaje así, un viaje planificado del tipo ahora nos vamos de vacaciones, no lo hacemos desde que yo tenía veintipocos años y viajaba en un coche de alquiler con Ellen y Håkon a mi lado en el asiento de atrás.

No recuerdo que me pareciera que tuviéramos tan poco que ver unos con otros como ahora. La transición

desde Oslo y la casa de Tåsen, de los espacios habituales, los patrones en las conversaciones, los encuentros, los asientos fijos frente a la mesa influyen en la dinámica. Ahora nadie sabe cómo comportarse, cómo colocarse, qué papel desempeñar. Tal vez tenga que ver con que somos tres hijos adultos que van de viaje con sus padres.

La idea de África la desechamos enseguida —todos menos Hedda— y fue Olaf quien sugirió que fuéramos a Italia, que su hermano podía dejarnos su casa. Olaf procura no deberle nunca nada a nadie, y la idea de que mi padre fuera a pagarles el viaje a él y a sus hijos se le hacía insostenible. No puedes ofrecerle dinero, le dije cuando Olaf propuso que pagáramos nuestro viaje, sería demasiado condescendiente. A Liv y a mí nos gustaría enseñaros nuestra Italia, les dijo Olaf a mis padres. Tal vez podríamos combinarlo con la fiesta de los setenta años, ¿no?

Somos demasiado grandes para Italia. Altos y blancos y rubios, casi no cabemos sentados a la mesa del restaurante. Los muebles y la decoración están hechos para italianos pequeños y bien proporcionados, no para mi padre y Håkon, con sus 195 centímetros, no para piernas y brazos tan largos, no para nosotros. Nos sentamos cada uno en nuestro asiento, codos y rodillas, demasiadas articulaciones que se chocan unas contra otras. Ellen y Håkon se pelean un poco por el espacio, convertidos de pronto en adolescentes. Recuerdo que en la parte de atrás del coche usábamos las costuras de la tapicería como límite: ni la solapa del abrigo podía pasarse de la marca. Y la separación no se limitaba al asiento, sino a todo el espacio del coche. Håkon solo tenía tres años, pero se crió con dos hermanas y con límites que marcaban las reglas tanto en el coche como en la

tienda de campaña como en la mesa del comedor y en la vida en general.

A nuestro lado hay una familia italiana, son más que nosotros y su mesa es más pequeña, y comen plato tras plato, como Olaf y yo intentamos hacer la primera vez que estuvimos en Roma. Le dijimos al camarero que queríamos lo mismo que la familia de la mesa de al lado. Entonces yo ya había visto varias veces a esas grandes familias italianas que se sentaban a cenar cada noche durante horas, con los niños y los abuelos, ruidosos y gesticulando como en las películas, y echaba de menos a mi propia familia, aunque en ese momento ya comprendía que no sería lo mismo si estuvieran allí. Aquí. Ahora están aquí, ahora estamos aquí, sentados a la mesa: mamá, papá, Ellen, su novio Simen, Agnar y Hedda, Olaf y yo. Y Håkon.

Miro a mi padre. Está presidiendo y me doy cuenta de que nos hemos sentado exactamente igual que en casa de mis padres. Papá siempre preside. Mamá a su izquierda, yo al lado de ella y Håkon frente a ella con Ellen al lado. Los que han llegado más tarde, novios, Olaf, Agnar y Hedda, han tenido que adaptarse, no creo que lo hayamos pensado mucho. El único que se ha rebelado en silencio es Simen, quien, las pocas veces que viene a las cenas familiares, se sienta al lado de Ellen en el sitio de Håkon, apoya el brazo en el respaldo de la silla de ella y se agarra desafiante hasta que se haya sentado el resto.

Papá tiene el pelo cano y fuerte. Casi no recuerdo el pelo negro que se le ve en las fotos de cuando era pequeña. En mis recuerdos siempre ha tenido el pelo igual de gris que ahora. Me mira a los ojos y sonrío, me pregunto en qué estará pensando, si estará contento, si así es como se imaginaba que sería. Tal vez no se haya imaginado nada,

no suele tener expectativas, ni buenas ni malas, pero siempre ha comentado las mías: Tienes que intentar aceptar las cosas como son, Liv, me decía cuando era pequeña y lloraba de desesperación por las vacaciones, los partidos de balonmano y los deberes cuando no salían como me los había imaginado. Era imposible explicarle a mi padre lo importantísimo que era que todo saliera exactamente como me lo había imaginado, que todos los acontecimientos grandes y pequeños tenían que seguir un curso predecible para que las cosas no se volvieran caóticas e intangibles. Pero la vida nunca se puede planear al detalle, decía papá. Tienes que aceptar que no puedes controlarlo todo siempre.

Ahora se inclina hacia mamá, ha perdido audición en el oído izquierdo, el que siempre vuelve hacia ella cuando se sientan a la mesa, y ella levanta la mano para proteger lo que le dice del ruido del restaurante, o al revés. Papá no la mira, sonrío y asiente levemente con la cabeza.

—¿Ya sabéis lo que queréis? —pregunta en voz alta y sacude un poco la carta hacia nosotros antes de que a mamá le dé tiempo a bajar la mano.

Han pasado dos minutos escasos desde que nos la trajeron y papá ni siquiera ha abierto la suya.

—Antes que nada, hay que pedir un poco de vino —dice mamá.

Papá tampoco contesta a eso. Estudia la carta con detenimiento. Ella se inclina hacia su oído sordo y se lo repite en voz alta, y él asiente de nuevo mirando hacia abajo sin decir ni una palabra. Mamá sonrío, pero no a él, no a ninguno de nosotros. Abre la carta de vinos.

No hace falta que estemos todo el rato juntos, dijo mamá cuando hicimos planes para los dos días en Roma y solo ella

tenía la necesidad de ir al MAXXI, en palabras de Håkon. Necesidad, repitió ella. No es que tenga la necesidad. Lo decís como si fuera algo básico, como comer. Solo me apetece, me parece que es lo suyo, dijo, y aunque Håkon y Ellen también estuvieran allí, me pareció evidente que lo que decía iba dirigido a mí, que en sus palabras había una crítica oculta, en este caso que Olaf y yo habíamos estado de vacaciones en Roma varias veces y no habíamos entrado ni a un solo museo. En realidad era un ataque a la manera que teníamos de pasar las vacaciones, de criar a nuestros hijos, de vivir. Siempre me da en el mismo sitio, de una forma tan sutil que ni siquiera consigo desarrollar pensamientos concretos, solo siento un pinchazo que se me queda guardado en la memoria como algo de lo que tengo que defenderme. Roma entera es un museo, me apresuré a responder, hay tantas cosas que ver que lo veo innecesario. Ella sonrió con condescendencia como hace siempre que analiza mi defensa o cada vez que digo algo que ella considera repipi. No seas tan repipi, me dice, y siempre que lo hace se me olvida que tengo más de cuarenta años.

Bueno, no tenemos que estar juntos todo el rato, respondió ella y nos miró para escudriñar cómo reaccionábamos a sus palabras, y ahora que estamos atrapados entre una multitud de turistas japoneses delante del Coliseo estoy segura de que Ellen y Håkon también creen que deberíamos haber ido al museo con ella.

Papá se ha ido él solo al Vaticano, no preguntó si alguien quería ir con él, se limitó a anunciar, mientras desayunábamos, que eso es lo que tenía pensado hacer hoy, y me parece un poco raro, le dije a Olaf después de desayunar. Están un poco raros los dos. Tú también te has dado cuenta, insistí, pero no sabía ni de qué me había dado

cuenta yo misma. Por un lado, hacía mucho tiempo que no se trataban con tanta amabilidad, se hacían bromas, se reían con ganas de las anécdotas del otro y participaban con entusiasmo en los debates que ambos ponían sobre la mesa, como si sus respectivos puntos de vista y opiniones fueran nuevos, o los escucharan de una manera nueva. Por otro lado, había una especie de distancia entre ellos. Tal vez una falta de intimidad.

Olaf dijo que no tenía que centrarme tanto en ellos. Nosotros también estamos de vacaciones, ¿te das cuenta?, dijo, y además, dudo que observarlos e interpretar cada uno de sus movimientos y de sus miradas mejore las cosas. No estoy haciendo nada de eso, le dije, y Olaf se rio.

Agnar insiste en hacer la cola para entrar en el Coliseo. No se ve dónde empieza ni dónde termina y va a llevar varias horas.

Ellen y Håkon se ríen y niegan con la cabeza, dicen que prefieren sentarse en la cafetería que acabamos de pasar un poco más arriba. Miro a Olaf, que se encoge de hombros.

—Puedo ir yo solo —dice Agnar.

—Pero bueno, ¿te has vuelto loco? —replico casi automáticamente.

Agnar mira a Olaf.

—Yo no tengo ningún inconveniente —dice Olaf.

—Pues yo los tengo todos, Olaf —respondo.

Agnar acaba de cumplir catorce años y me parece un poco inmaduro para su edad. A Olaf le parece que tiene la madurez suficiente, pero el caso es que aún valora la mayoría de las situaciones con la expectativa infantil de que todo va a salir bien, sin pensar en las consecuencias, con las ganas de hacer las cosas como única motivación. Siempre se

arrepiente después, se vuelve loco de desesperación al darse cuenta de que Olaf y yo hemos estado preocupados de que llegue más de una hora tarde a casa y no conteste el teléfono, por ejemplo, pero luego la situación se repite unos días más tarde. Le hemos dicho que es egoísta, que tiene que espabilar, que queremos poder confiar en él, pero a la vez soy consciente de que no es una cuestión ni de confianza ni de voluntad. Como él mismo dice, es que se me olvida cuando estoy concentrado en algo. Se le olvida todo lo demás, lo sé y lo entiendo, y ni Olaf ni yo tenemos claro cómo deberíamos manejar la situación. Además, Olaf se siente identificado con él y cree que lo mejor que podemos hacer es darle más libertad y no menos. Cuando nos sentamos a desayunar en nuestra casa de Oslo los cuatro días anteriores al viaje con Agnar el Arrepentido, como Olaf lo ha empezado a llamar los días que siguen a este tipo de confrontaciones, cuando Agnar no sabía cómo compensarnos —preparaba el café y el desayuno y se ofrecía a cuidar de Hedda y un sinfín de bondades—, yo estaba dispuesta a probar ese enfoque.

Pero no aquí, no en Roma. Venga ya, Olaf, digo con la mirada.

—Pero tengo móvil —dice Agnar.

—Que solo usas cuando te apetece —le respondo—. Prefiero ir contigo.

No puedo negarle entrar en el Coliseo si le interesa tanto. En los últimos años ha desarrollado una pasión sorprendente por la historia y la arquitectura, y cuando le dije que íbamos a ir a Roma le brillaban los ojos.

—No, no hace falta. Quiero ir solo —dice Agnar. Cambia el peso de un pie a otro con impaciencia, se toca la oreja izquierda nervioso, como también hace Håkon cuando se estresa.

—No se trata de lo que tú quieras, se trata de lo que puedes y lo que no puedes hacer —le respondo. Hedda me tira del brazo, quiere sentarse en el suelo sucio. Tiro de ella, se pone a lloriquear, se me cuelga del brazo como un mono, me duele el hombro.

—Sí puede. Vamos a hacer lo siguiente —dice Olaf y agarra a Agnar de los hombros, lo sujeta frente a él y le mira a los ojos—. Tienes dos horas. O sea, hasta las tres. Eso significa que si no has entrado en ese tiempo, te retiras de la cola. A las tres nos vemos en la cafetería de allí arriba. —Olaf señala la cafetería a la que se dirigen Håkon y Ellen.

Agnar asiente con la cabeza, casi rígido. Ni siquiera se atreve a mirarme a los ojos por miedo de que vaya a estropearlo todo con mis objeciones. Pero Olaf y yo tenemos el trato casi inquebrantable de estar de acuerdo delante de nuestros hijos, de ser coherentes y consecuentes con la educación, las reglas, los límites, y no puedo hacer otra cosa que asentir. Yo también estoy orgullosa de él, por su incansable interés por cosas que a otros chicos de catorce años no podrían importarles menos, y me habría encantado que mi madre estuviera presente y lo escuchara.

Olaf comprueba que Agnar tenga batería en el móvil, le da dinero para que lo guarde en el bolsillo y no lo saque hasta que llegue la hora de pagar y le dice que tiene que mirar el reloj cada diez minutos, que esto es una prueba que tiene que superar si quiere que le demos la libertad que nos ha pedido. ¿Lo ha entendido?

—Cada diez minutos. A las tres. Dinero. La cafetería. ¡Entendido! —dice Agnar y su adorable sonrisa se dibuja en medio de esa cara suave y confiada que sería el sueño de cualquier pedófilo o secuestrador, y me pongo mala de los nervios y se pierde entre la multitud.

Olaf se lleva a Hedda a un parque cercano. Yo subo a la cafetería y me giro cada diez pasos para comprobar si veo a Agnar en la cola. No recuerdo cómo era yo a los catorce años, pero estoy bastante segura de que nunca habría propuesto ir sola a ningún sitio en una ciudad extranjera.

Håkon y Ellen se han sentado en una terraza con vistas al Coliseo. Simen ha preferido quedarse en la cama y se reunirá con nosotros para comer, una decisión impensable para nuestra familia cuando vamos de vacaciones: no levantarse y salir, hacer algo. Para mí las vacaciones consisten en dormir hasta tarde, nos advirtió Simen en la cena de ayer. Papá forzó una sonrisa. Me imagino que Simen también es el tipo de persona que puede quedarse en casa viendo la tele en un día libre en el que hace buen tiempo, algo que a Håkon, a Ellen y a mí nos resulta físicamente imposible. Incluso de adulta tengo remordimientos si un sábado o un domingo soleado hago algo que no implique aprovechar el buen tiempo, como papá nos ha inculcado como una especie de regla vital desde el día en que nacimos.

Håkon ha pedido una botella de vino tinto. Le pido una copa al camarero. Ellen tapa la suya con la mano cuando Håkon se dispone a servirle.

—Estoy volviendo a tomar penicilina —explica. El año pasado tuvo una infección de orina recurrente.

—Anda que no tienes que contribuir tú a la resistencia mundial a los antibióticos, con todos los que te metes para el cuerpo. Deberías tomar más zumo de arándanos rojos —dice Håkon.

—Qué interesante que también te hayas vuelto un experto en infecciones de orina, Håkon. ¿Hay alguna cosa que no sepas? ¿Algo de lo que no tengas opinión? —dice Ellen y pone los ojos en blanco, pero sonrío al mismo tiempo.

Sus bromas me tranquilizan un poco, pero el corazón me late con fuerza y busco con la mirada la masa de turistas entre la que seguramente se encuentre Agnar, perdido. Le doy un buen sorbo al vino. Cierro los ojos y trago. Durante un segundo siento envidia de Ellen y de Håkon, que son libres y no tienen responsabilidades y lo único que buscan es el sol que se asoma entre una fina capa de nubes.

Rara vez estamos juntos solo los tres. No empezamos a quedar para cenar o tomar una cerveza los tres juntos hasta que Håkon no se hizo mayor, y siempre ha sido idea de Ellen o mía. Ellen tiene dos años menos que yo y Håkon, ocho menos que ella. Ha cumplido treinta hace unas semanas. A lo largo de los últimos años, ha empezado a tomar la iniciativa y la distancia entre nosotros parece menor que cuando él tenía diez y yo veinte, y nos hemos conocido de otra forma como adultos, aunque siga existiendo una jerarquía. Creo que Håkon y Ellen tienen una relación completamente distinta, que pasan más tiempo juntos y tienen más contacto. Seguro que se sienten más parecidos, y de hecho lo son. Los dos se parecen a mamá, tienen su pelo rubio y sus ojos grandes. Ellen, además, ha heredado sus curvas y su figura, es suave y está rellena de una forma que resulta elegante y atractiva, al contrario que yo, que siempre he sido delgada, casi angulosa.

Yo me habría cambiado por ella encantada, me habría gustado tener el cuerpo de Ellen. Aún me acuerdo de lo horrible que era que, cuando yo tenía dieciséis años, ella, que tenía dos años menos, tuviera más curvas y las tetas más grandes que yo. Que los chicos de mi clase llamaran a casa y preguntaran por Ellen. Entonces estaba furiosa con ella. Veo en mis diarios que escribía que la odiaba y tenía cien motivos diferentes para hacerlo, porque era muy molesta y

muy pesada, una niña pegajosa. Cuando, además, se echó un novio antes que yo, y ese novio se sentaba con frecuencia a la mesa con nosotros y le toqueteaba el pelo, le dije a mi madre que quería independizarme. Le di todos los motivos posibles sin mencionar a Ellen, pero ahora soy consciente de que tuvo que darse cuenta. En mi diario dice que mi madre me llevaba a menudo de excursión y a hacer distintas actividades, que íbamos juntas a ver a mis abuelos, comíamos fuera, íbamos al cine, que pasaba mucho tiempo conmigo y sin Ellen. Solo lo menciono en una oración subordinada, tal vez unido a un comentario o crítica sobre la peli que fuimos a ver. No es posible que pensara o valorara el claro esfuerzo de mi madre. O tal vez me avergonzara demasiado reconocer, incluso en mi diario, que a mi madre le daba pena que tuviera una hermana pequeña a la que le iba mejor que a mí en todos los sentidos.

Todavía siento pequeños destellos de esa envidia bochornosa y abrumadora que puede estallar dentro de mí al ver las miradas que recibe cuando vamos juntas por la calle o nos sentamos en una cafetería, al ver fotos de cuando éramos más jóvenes o, en el peor de los casos, al oír cómo habla con Olaf a veces. No, al revés: al oír cómo habla él con ella. Nunca le he preguntado nada al respecto, a pesar de que las preguntas más banales intentan abrirse camino con una fuerza infantil: ¿Te parece más guapa que yo? ¿La habrías elegido a ella si hubieras podido? Ni siquiera en nuestras peores discusiones, cuando ya casi no sé ni lo que hago ni lo que digo. Tenía ganas de gritárselo, sobre todo al principio, pero me detenía a tiempo o la tomaba con una amiga suya o una compañera de trabajo: ¿Crees que no me doy cuenta de cómo la miras, de cómo te vuelves hacia ella y cómo le hablas?, he llegado a exclamar. Pero ¿crees que

tienes alguna oportunidad, de verdad crees que ella siente algún interés por ti? Es patético y me muero de vergüenza, pero la alternativa es aún peor.

Ellen y yo nos hicimos buenas amigas a principios de la veintena. Cuando conocí a Olaf y Ellen empezó a desempeñar un nuevo rol en mi vida. De repente se convirtió en alguien a quien podía hacer confidencias, una persona, una hermana, alguien cercano, no solo una manifestación de todo lo que yo quería ser y no era. Yo estudiaba Periodismo, vivía en un piso con una amiga en Majorstua, mientras que Ellen seguía viviendo en casa. El año en que me independicé no creo que nos viéramos aparte de en las ocasiones familiares. Solo recuerdo lo mucho que me gustaba vivir sola sin una Ellen en la que mirarme como en un espejo por las mañanas, quedar con amigos que no sabían quién era mi hermana. Después conocí a Olaf y los sentimientos encontrados que me despertaba Ellen de pronto me parecieron exagerados e infantiles. Ellen y yo nos fuimos acercando poco a poco y desde que tuve a Agnar y a Hedda esos viejos sentimientos no son más que una ráfaga que me recuerda cómo eran las cosas antes.

Tras dos copas de vino y suficiente sol para sentir el escozor de una quemadura en la punta de la nariz, estoy más relajada. Contenta de que Olaf se haya hecho cargo, contenta de que Agnar haya podido ver el Coliseo y de que tenga padres que le den libertad y responsabilidades. Contenta de estar sentada con mis hermanos en una cafetería turística en Roma mientras nuestra madre ve arte contemporáneo italiano y nuestro padre se pasea por el Vaticano.

No me atrevo a decir nada más sobre mi preocupación por Agnar, sobre todo después de que Ellen y Håkon me

miraran atónitos cuando les conté lo estresada que estaba antes de sentarme siquiera. Ya hemos hablado largo y tendido sobre este tema antes, sé que Håkon opina que soy una madre sobreprotectora, que les impongo demasiadas reglas a mis hijos y que, por lo tanto, me preocupo demasiado. A Ellen le fascina la forma que tenemos de educar a nuestros hijos, como ha señalado con sarcasmo un montón de veces. Este último año ni siquiera se ha molestado en hacer un solo comentario. Cada vez que hablamos de crianza, se retira. Y aunque entendemos a qué se refiere, que seguimos una especie de moda, no entiendo cómo podría hacerlo de otra manera. Rebelarme contra el intenso seguimiento que se plantea en todos los sentidos y en todas partes solo afectaría a Agnar y a Hedda, que se quedarían fuera.

—Son las dos y media —dice Ellen, interrumpiendo las reflexiones de Håkon sobre nuestra imagen de las grandes familias italianas, a pesar de que los italianos solo tienen un hijo de media.

—Aparte de que da fe de la recesión y las malas políticas públicas de apoyo a las familias, tampoco es ninguna catástrofe. Que la gente tenga más hijos no debería ser un objetivo deseable. Todo lo contrario —dice Håkon—. El mundo está superpoblado.

Ellen exagera las últimas palabras de sus frases, habla en voz alta e imita a mamá, que siempre, se lo hayamos perdido o no, mira el reloj y nos dice la hora que es.

Hace mucho que la imitamos. Se ha convertido en una broma privada que compartimos Håkon, Ellen y yo, incluso Olaf, Agnar y yo. Es un gesto sencillo, neutro e informativo. Y a pesar de que siempre lo decimos con el tono de voz de mamá, como un chiste, Håkon, Ellen y yo hemos empezado a decirnos la hora que es tanto para tener

algo que decir cuando nos quedamos callados como para interrumpir ciertas situaciones sociales o darnos esa información.

Me río. Ellen es la mejor imitadora que conozco. Tiene una forma única de observar y de fijarse en los más mínimos movimientos, la mímica, un gesto de la cabeza o de la mirada. De repente se convierte en mamá, en la abuela, en una amiga o en un político o un actor famoso.

—Gracias —le digo.

—Hija, relájate un poco, que tiene catorce años —dice Håkon.

Los dos hemos entendido al instante que cuando Ellen ha dicho que eran las dos y media pretendía tranquilizarme. Asociaciones comunes, referencias comunes. Me pregunto cuánto de todo eso es genético, si estamos programados de la misma manera y por eso nos entendemos de forma intuitiva entre nosotros, o si es una forma aprendida de pensar, de hablar, de hacer asociaciones y llegar a conclusiones. Sea como sea, Ellen, Håkon y yo tenemos esas conexiones, tácitas y constantes, que no dependen ni del tiempo ni del espacio.

Cuando acababa de terminar la carrera de Periodismo y trabajaba como autónoma para una revista femenina, una vez escribí una pieza sobre unos gemelos separados al nacer. Pero, a diferencia de las historias habituales sobre este mismo tema, esta trataba de un par de gemelos que eran idénticos, hablaban igual, hacían los mismos gestos, pero llevaban una vida totalmente distinta, habían tomado distintas decisiones y tenían valores diferentes: uno votaba a la extrema izquierda y el otro a la extrema derecha, no tenían intereses comunes y no les gustaban ni la misma comida ni la misma música ni las mismas películas. En sentido

estricto, no tenían ningún parecido aparte del físico. No se sentían incompletos, no habían echado de menos a un hermano que no sabían que existía durante su infancia y adolescencia como he leído que ocurre en casos similares, y no eran capaces de anticipar lo que estaba pensando el otro o terminar las frases de su hermano.

Mi editora no quiso la pieza. No le pareció una historia ni maravillosa ni fascinante. Le habría gustado que fuera al revés. Decía que lo más interesante y emocionante habría sido que hubieran tomado las mismas decisiones, que les gustara la misma comida y que hubieran completado las ideas y las frases del otro. Creo que era hija única.

Agnar se acerca trotando a las tres y diez y yo me muerdo la lengua para no gritar todo lo que se me ha pasado por la cabeza durante los últimos diez minutos, porque Olaf le pasa el brazo por los hombros y le dice lo bien que lo ha hecho, ¿a que sí, Liv? Y Agnar ha crecido unos veinte centímetros después de la experiencia. Está tan orgulloso y se siente tan mayor que tiene los hombros y la espalda rectos como una vela, y yo le doy un abrazo y le beso la frente y le agarro la cara con las manos. Aún tiene las mejillas redondas y suaves, como un niño. Solo un par de espinillas en la nariz demuestran que ya está dejando atrás la infancia para volverse adulto.

—¡Totalmente! —digo con una sonrisa—. Lo has hecho genial. ¿Te lo has pasado bien?

Me arrepiento un poco de la pregunta cuando Agnar me empieza a describir el Coliseo en detalle, pero monopoliza la conversación durante todo el camino de vuelta a la habitación y yo apoyo la cabeza contra la ventanilla

del taxi y siento que Olaf me aprieta la mano mientras pasamos por delante del hotel donde nos hemos quedado varias veces en otras ocasiones, y yo le correspondo y le acaricio el dorso de la mano con el pulgar, y de repente tengo ganas de seguir avanzando, de salir de Roma, de tirarme en una tumbona con Olaf leyendo a mi lado, mirar a Hedda y a Agnar mientras se bañan en la piscina y al resto de la familia que descansa a mi alrededor tal y como me lo he imaginado en la oficina de Oslo, deseosa de que llegara este momento. Por una vez, he conseguido pensar que si solo ocurriera la mitad de lo que me he imaginado, me daría por satisfecha.

Nos hemos dividido en tres coches y salimos de Roma en fila: Olaf, los niños y yo en el primero, Simen y Ellen en el segundo, y mamá, papá y Håkon en el tercero. Aunque Olaf conduce irresponsablemente despacio entre el salvaje tráfico italiano, mamá no es capaz de seguirnos al salir de una rotonda, toma la salida equivocada y los veo desaparecer entre la multitud de coches que vienen tras nosotros.

Le digo a Olaf que tenemos que parar o dar la vuelta, pero vamos por una autopista de tres carriles con coches por todas partes y no tenemos más remedio que seguir de frente. Llamo a mi padre.

—Soy Sverre, ¿quién es? —dice como siempre que coge el teléfono, aunque ahora tenga un móvil y pueda ver quién llama.

Le he señalado varias veces lo raro que es que conteste así cuando puede ver quién le llama y los demás estamos seguros de a quién nos dirigimos. A él le parece una cuestión de protocolo decir su nombre al coger el teléfono, ya sea el móvil o el fijo.

—Hola, os habéis confundido de camino —le digo.

—¿Pero no sois los que tenemos delante? —pregunta él.

—No, os habéis perdido en la rotonda —insisto.

—Anda, ¿y dónde estáis ahora? —pregunta él con calma.

—¿Que dónde estamos? Ni idea, papá, pues saliendo de Roma. Dile a mamá que tiene que dar la vuelta, volver a la rotonda y tomar la tercera salida. Y después tenéis que seguir lo que os diga el GPS.

—No funciona —me responde—. Liv dice que tenemos que dar la vuelta —le dice a mamá, y no oigo lo que responde ella.

—Sí que funciona. Olaf lo configuró antes de salir —le digo—. Dáselo a Håkon y dile que lo reinicie.

—Está durmiendo —dice él, y alguien pita tan fuerte junto a su coche que tengo que alejarme el teléfono. Mamá grita no sé qué.

—Joder, pues despiértalo —le digo—. Tenéis que usar el GPS. Os esperaremos más adelante, cuando encontremos un sitio donde parar. Llámame cuando salgáis de la rotonda grande.

—El GPS no funciona, ya te lo he dicho, pero ya se me ocurrirá algo —me responde. No piensa despertar a Håkon. Por puro orgullo, porque se niega a pedir ayuda en general y para cuestiones relacionadas con la tecnología en particular, y por consideración: hay que dejar dormir a Håkon si está cansado.

Tanto él como mamá sienten debilidad por Håkon, tienen un corazón extra para él, como le gusta decir a mi madre, porque Håkon nació con un defecto cardiaco y pensaban que moriría en las primeras semanas después de llegar al mundo. Lo recuerdo bien, su cuerpecito en la incubadora, lleno de tubos, parecía de otro planeta.

Cuando estaba en el paritorio, cuando nació Agnar, pensaba mucho en mi madre, en cómo se tenía que haber sentido allí tumbada, como estaba yo entonces, sin su hijo al lado. Cómo sería saber que su bebé estaba solo en otro lugar de ese enorme y caótico hospital con un corazón diminuto con un agujerito.

Ellen y yo estábamos en casa de la abuela cuando nació Håkon, y papá llegó al día siguiente, se sentó a la mesa de la cocina y se echó a llorar. Casi ni se fijó en que Ellen y yo estábamos allí de pie, calladas, mirándolo. No sabía qué hacer, le dijo a la abuela, que le agarraba la mano como a un niño pequeño, no te lo puedo explicar, me he pasado toda la noche corriendo entre el paritorio y la unidad de cuidados intensivos, añadió.

Papá y mamá se turnaron para dormir en el hospital durante los meses siguientes. Operaron a Håkon, que cambió de color y se puso a chillar, y mamá y papá se sentían tan agradecidos por esos gritos que Ellen y yo no podíamos más con la frustración. ¿No podéis hacer que se calle?, pregunté una noche cuando volvieron a casa con él. Håkon no paraba de gritar, mientras papá lo paseaba en brazos por el salón, que estaba justo debajo de mi dormitorio con una expresión de felicidad plena en la cara. Recuerdo que me respondió que ese sonido era el más bonito del mundo.

El miedo a que Håkon muriera se convirtió en la certeza de que era un poco distinto, un poco más frágil, tal vez un poco más importante que el resto. Mis padres lo cuidaron de una forma completamente distinta que a Ellen y a mí. Los médicos les dijeron que podía tener un ligero retraso en el desarrollo, dificultades de aprendizaje y diversos problemas de conducta. Y a pesar de que Håkon les sacaba una cabeza de altura y un hombro de envergadura a sus